

Capítulo 36 - Tian definitivamente no es bueno elogiando a las mujeres.

"Suspiro, ¿ahora ves el problema principal con el harén?"

La voz de Yue atravesó el silencio como una suave flecha; sus dedos seguían enredándose suavemente en mi cabello. La miré parpadeando desde su regazo, frunciendo el ceño con confusión.

Los sollozos de Mei Ling se habían intensificado ahora: suaves hipoes se convertían en gritos desgarradores y su pequeño cuerpo temblaba mientras enterraba su rostro más profundamente en la almohada.

La sábana con la que se había tapado temblaba con cada jadeo, y maldita sea, eso retorció algo en mi pecho.

Anoche, la abandoné, la marqué como mía, y el sistema le había dado un sello de lealtad del 100%. Eterna. Irrompible.

Entonces, ¿por qué carajos se estaba derrumbando de esa manera?





Me incorporé lentamente, soltándome del abrazo reconfortante de Yue, y me acerqué a Mei. Ella no levantó la vista, solo se secaba los ojos con el dorso de la mano; las lágrimas empapaban la seda que tenía debajo.

Extendí la mano, ahuecándole la mejilla con suavidad, inclinando su rostro hacia mí. Su piel estaba cálida y sonrojada; esos grandes ojos inocentes estaban enrojecidos y brillaban.

"¿Qué pasó?", pregunté en voz baja y firme, intentando disimular la genuina preocupación que me invadía. No era culpa del sistema: no había ping ni alerta. Solo... ella.

Mei sollozó, su labio inferior temblando mientras nuevas lágrimas caían sobre ella. "Nunca podré amarte tanto como Yue... sh-she, hic..." Sus palabras se disolvieron en otro sollozo, sus manos aferradas a la sábana como a un salvavidas.



Ella miró a Yue y luego a mí, con el dolor grabado en cada línea de su rostro, como si estuviera confesando algún pecado imperdonable.

Parpadeé, procesándolo. "¿Qué dices? ¿Ya me amas tanto?"

Salió mitad pregunta, mitad afirmación, y mi mente recordó las pantallas azules de anoche.



100% de lealtad, al máximo, el sistema se había enorgullecido. Si eso no era amor, ¿qué demonios era?

Ella negó con la cabeza vigorosamente, mientras más lágrimas brotaban de sus ojos. "No." Su voz se quebró, débil y derrotada. "Sé que ella te ama más."

No tenía palabras para eso. El silencio se prolongó, mi boca se abrió y se cerró como un pez fuera del agua. El sistema emitió un pitido inútil en mi visión:

[Alerta del sistema: Inseguridad emocional detectada en la pareja: Mei Ling]

[La lealtad se mantiene al 100% - Sin riesgo de rechazo]

[Recomendación: Reafirmar el vínculo a través de la intimidad o el diálogo para evitar dudas a largo plazo]

¿100%? ¿Entonces por qué esto? Las cifras ahora parecían hilos de marionetas, ligadas a la brutalidad física que habíamos tenido la noche anterior, la unión de esencias, los polvos maratónicos que la habían llevado a la Formación del Núcleo.

Pero la lealtad no era amor, ¿verdad? El sistema cuantificaba el deseo, la obediencia, quizá incluso el afecto nacido del placer, pero ¿esto?



Esto era más profundo y confuso: dudas humanas que se infiltraban a pesar de las garantías de la pantalla azul.

Era un caos infernal. Mei no estaba celosa; temía no ser suficiente, que la silenciosa fuerza de Yue eclipsara su tímida devoción.

Y sí, las estadísticas lo respaldaron: Yue al 85%, un vínculo basado en el respeto y ese beso en la frente, no en golpes interminables.

Pero que Mei dijera que le faltaba algo... me conmovió.

Yue volvió a suspirar detrás de mí, con voz suave pero mordaz. "Así que la hiciste llorar".

Me giré y la miré con impotencia. "Vamos, ¿no se supone que deberías ayudarme?". Las palabras salieron torpes, equivocadas, torpes.

Quizás sea alguna tontería del emperador, tratándola como a una discípula que necesita orientación.

"¿Al menos dame un consejo? Deberías saber mejor que yo cómo tratarla, ¿no?", pregunté torpemente, mientras la confusión aumentaba. No entendía y simplemente dije ¿cómo? Como si de verdad supiera cómo tratar a una mujer que lloraba; mi especialidad era romper camas, no remendar corazones.



Yue negó con la cabeza, una leve sonrisa se dibujó en sus labios a pesar de las lágrimas que había vislumbrado en sus ojos antes.

Se inclinó hacia delante, su bata se deslizó un poco, revelando la curva de sus pechos. Su voz era suave pero firme. "Entonces, déjame darte una sugerencia. Dile qué la hace mejor que yo, ¿quizás?"

También había un atisbo de lágrimas en los ojos de Yue, brillando como rocío no derramado, lo que me hizo mirar a la criada y respirar profundamente.

Me quedé de pie, con las manos abiertas, frente a Mei. Ella se asomó por encima de la almohada, con el rostro enrojecido y cabizbajo, todavía intentando esconderse bajo la sábana. «Oh, ahora sí que estás callada».

Sus ojos se abrieron de par en par, pero no habló, solo se sonrojó más, apretando la sábana con más fuerza como un escudo. Claramente, mi presencia la estaba volviendo más suave, más vulnerable. "¿Qué? ¿Y ahora qué? Te dije por qué te amo."

No hubo respuesta, solo ese silencio adorable y avergonzado. Lo interpreté como mi señal y me lancé a divagar, con palabras vulgares y sin filtro, porque, caray, así era como sabía expresarlo.





"Mei, escucha, ¿qué te hace sentir mejor? Joder, tu coño está tan apretado, como un guante de terciopelo succionándome, rogando por cada embestida. Podría follarte todo el día, sintiendo esas paredes apretarse y vibrar, tus fluidos brotando como una fuente, haciendo ese sonido húmedo y descuidado que me vuelve loca. Es adictiva, la forma en que te moldeas alrededor de mi polla, tomándola profundamente hasta que gritas mi nombre.

¿Y tu culo? Tan regordete y jugoso, se mueve con cada cachetada, perfecto para agarrarlo y abrirlo mientras te penetro por detrás. Pero no es solo eso: tus pechos son suaves y firmes, rebotan como si estuvieran vivos, tus pezones se endurecen bajo mis dedos, tan sensibles que un solo pellizco te hace arquearte y gemir como si estuvieras en celo.

Tu piel es como la seda, brillando con ese tono rosado cuando estás excitada, y tus labios, carnosos e incitantes, envuelven mi polla con entusiasmo durante esos avances. Estás hecha para esto, Mei: cada curva, cada agujero pide a gritos ser llenado, ser reclamado.

Pero, maldita sea, también es tu inocencia, la forma en que te sonrojas y gimes, lo que me hace querer corromperte una y otra vez. No solo estás apretada; eres mía de una manera que se siente completa, como si tu cuerpo fuera el complemento perfecto para mis deseos. Yue es fuerte, sí, ¿pero tú? Me haces perder el control, me haces querer llenarte hasta que estés goteando y suplicando por más.

Finalmente respiré, con los hombros agitados, observando su reacción. El rostro de Mei estaba aún más hundido, sonrojado



hasta la raíz del cabello, con la sábana apretada como si pudiera desaparecer en ella.

Su cuerpo se había quedado quieto, pero capté un temblor sutil: no era miedo, sino algo más caliente, más avergonzado.

Yue negó con la cabeza de lado, con una mezcla de diversión y exasperación. "Maldito pervertido, ¿no deberías haber dicho algo bueno sobre sus ojos, su cabello y demás?"

Me hizo temblar antes de darme cuenta: "Oh, sí, lo olvidé, sí, tus ojos son hermosos, al igual que tus pechos".

Yue simplemente negó con la cabeza y dijo: "De verdad, eres el peor hombre del mundo. Y, sin embargo, es inesperadamente obvio".

Mientras estaba frente a mí, se inclinó cerca de mis oídos y dijo: "¿No es obvio?"

Parpadeé y me volví hacia ella antes de que dijera: "Haz lo que mejor sabes hacer. Saca sus dudas de su cuerpo".

Las palabras me impactaron como un ping en el sistema, pero sin la pantalla azul: un consejo crudo de una mujer que conocía el juego mejor que yo.





Miré a Mei, todavía acurrucada bajo la sábana, sus sollozos se habían calmado pero la duda persistía como una sombra.

Yue tenía razón: las palabras no eran suficientes.

No son mis divagaciones vulgares, ni mis palabras dulces.

Las inseguridades de Mei eran profundas: raíces de sirviente, esa traición venenosa, el miedo a ser abandonada.

El sistema decía 100%, pero los corazones no eran números.

Si la intimidad hubiera maximizado su lealtad, tal vez más de ella haría añicos esas dudas, le recordaría que era deseada, necesaria, amada de la única forma que yo sabía demostrarlo: cruda, física, abrumadora.



Asentí con la cabeza hacia Yue, un agradecimiento silencioso, y ella salió de la habitación en silencio, dejándonos solos.

El palacio zumbaba suavemente, las velas parpadeaban como si supieran lo que venía.

Me acerqué a la cama, deslizando la sábana lentamente hacia abajo, exponiendo la figura desnuda de Mei: su piel sonrojada, sus firmes copas C subiéndose con cada respiración temblorosa, sus muslos presionados juntos pero resbaladizos por la anticipación.

Ella me miró con los ojos abiertos y llorosos, una mezcla de miedo y necesidad.

"No más lágrimas", murmuré en voz baja y autoritaria mientras me subía encima de ella. Mi traje desapareció en un instante, arrebatado por la magia del palacio, dejándome desnudo, con la polla endureciéndose al verla.

Extendí la mano, tirando de su sábana mientras le decía claramente: «Voy a quitarte todas las dudas, Mei. Hasta que solo sientas cuánto te necesito: tu cuerpo, tu corazón, todo».

